

La Filsa que nos debemos

Hoy llega a su fin la 44ª versión de la Feria del Libro de Santiago en la Estación Mapocho. Su categoría internacional sigue pendiente.

Faltan cuarenta minutos para el mediodía del jueves y por los pasillos de la Estación Mapocho circulan sobre todo escolares. La mayoría ha llegado con sus profesores, bibliotecarios o guías, pero hay otros que claramente han ido por su cuenta, quizás haciendo la cimarra. Son entusiastas, preguntan en los stands, e incluso una adolescente reconoce que se quedó sin plata para el pasaje, pero está feliz. No se adivina, a simple vista, si compró un libro, un afiche, una libretita ilustrada, una figura de acción, lápices, llaveros... Porque la Feria del Libro que se realiza desde hace diez días en el Centro Cultural Estación Mapocho ofrece eso y harto más a los potenciales compradores. En las tardes se ven menos uniformes, y un público diverso, gente joven y mayor, familias, trabajadores, profesionales, oficinistas, universitarios.

Gratis de lunes a jueves para todo público, y todos los días para los menores de 12 años, la feria ofreció —como es habitual— un programa cultural dominado por las presentaciones de libros, pero en el que también hubo conversaciones, charlas, lecturas, diálogos literarios latinoamericanos, espectáculos de baile, conciertos, talleres, ballet, cuentacuentos, títeres. Como invitada de honor, la región de Los Lagos contó con un original espacio construido por dos estudiantes de la Universidad San Sebastián a través del ensamblaje de maderas y donde, aparte de



la columna de
**María Teresa
Cárdenas M.**

libros, se podían comprar tejidos y productos alimenticios de la zona. Y en uno de sus costados, la Agrupación de artistas visuales del Archipiélago de Chiloé, Avach, que “promueve el arte como herramienta de creación colectiva, reflexión territorial y transformación social”, instaló un bote de dos velas.

En síntesis, una feria bien puesta y ordenada, con stands similares, pero con contenidos diversos, desde cómics a libros universitarios, desde el Teatro Municipal a la Biblioteca Nicomedes Guzmán, desde editoriales pequeñas a grandes distribuidoras. Y visitada por un público numeroso —no masivo—, aunque con ventas más flojas que en años anteriores, según algunos encargados de los stands. Un correcto despliegue, pero que no se condice con el gran letrero que preside la fachada del histórico edificio: Feria Internacional del Libro de Santiago. ¿No debería llamarse más bien Fenalsa: feria nacional del libro de Santiago?

En 2023, en su breve período como ministro de las Culturas, Jaime de Aguirre declinó la participación de Chile como país invitado de honor a la Feria de Frankfurt

2025 por razones económicas. Eran demasiados los recursos que se necesitaban para llevar adelante esa empresa, argumentó, comprometiéndose, en cambio, a concentrar los esfuerzos en levantar en casa una feria internacional que entrara en el circuito latinoamericano y que permitiera activar y fortalecer el ecosistema del libro y la lectura. El ministro duró poco en su cargo, y gracias a las gestiones del Gobierno se logró una nueva invitación a Frankfurt, esta vez para el año 2027.

¿Quiere decir, entonces, que tendremos que seguir esperando para contar con una gran feria internacional del libro? ¿O es momento de proponérselo en serio y trabajar en esa dirección? La primera medida debería ser sincerar el panorama. Después de su traslado desde el Parque Forestal a la Estación Mapocho, en 1989, la Feria del libro de Santiago se benefició de los nuevos aires que traía consigo el retorno a la democracia. Cargado de simbolismo, el Monumento Nacional ya no vería partir y llegar trenes, pero una vez al año se convertiría en un espacio para viajar a través de los libros. Las editoriales nacionales y los grandes sellos con filiales en el país, agrupados en la Cámara Chilena del Libro, sumaron sus esfuerzos para darle contenido a esta gran muestra de títulos, complementada con un nutrido programa cultural en el que participaban autores chilenos y extranjeros. El

modelo vivió momentos de gloria en los años noventa e incluso entrados los 2000. Y la Filsa le hacía honor a su nombre.

Pero la realidad de hoy es otra. Más allá de los efectos de la pandemia, porque esto es anterior, la Cámara Chilena del Libro ya no reúne a las editoriales, y estas, según su tamaño e intereses, han ido creando nuevas asociaciones y sus propias ferias o encuentros. Ahí están la Primavera del Libro, La Furia del Libro (en verano, invierno y ahora Ilustrada) o el Festival de Autores, además de las ferias organizadas por comunas, como la de Ñuñoa, que se inaugura esta semana, o por universidades, como la del Centro de Extensión UC, que estará abierta hasta el 6 de diciembre.

Una sana y estimulante diversidad, cuyo gran logro sería que una vez al año se expresara en una verdadera Feria Internacional del Libro de Santiago, en la que además estuvieran consideradas todas las regiones. En mejores tiempos, la Estación Mapocho se hizo chica para albergar la feria e incluso hubo que instalar un gran domo en su frontis. Pero ni siquiera eso sería necesario. Bastaría con sumar a otras instituciones —universidades, museos, centros culturales— que ofrecieran sus sedes para el desarrollo de las distintas actividades, lo que, de paso, ayudaría a revitalizar el centro de Santiago. La seguridad no se fortalece con la gente atrincherada en sus casas, sino ocupando los espacios públicos. La estación volvería a ser entonces un simbólico punto de partida y de llegada para posicionar a Chile en el circuito latinoamericano de ferias, quizás en mayo, a continuación de las de Bogotá y Buenos Aires.

La Cámara Chilena del Libro ya no reúne a las editoriales, y estas, según su tamaño e intereses, han ido creando nuevas asociaciones y sus propias ferias o encuentros.